

ter hablar por el momento, sino que, madurado el asunto, se podría después participar al Rey de España más cabal y minuciosamente. No obstante, el buen embajador comunicó los referidos planes á Felipe II, añadiéndole las siguientes palabras, que dejan en malísimo lugar los inventos del Memorial de Pérez. Hélas aquí: «El Duque cree que V. Majestad solo huviera dado fin muchos días ha, sin el respeto de acá, y el Christianissimo sin el de V. Majestad, y lo que desea es la union destas dos coronas, y los effectos que podrian hacer unidos, y como serian señores de todo y podrian dar ley al mundo»¹. El comentario, por mi parte, á las frases subrayadas, está demás, pero no sobrará en este lugar la explicación que el escritor francés hace de ellas.

Léase con el cuidado que reclama. Dice así: «En esta época, lejos de concluir una confederación secreta y facciosa con D. Juan de Austria en defensa de las dos coronas, como afirma Pérez, el duque de Guisa pensaba en la unión de esas mismas dos coronas entre los dos Reyes. No ménos estrechas relaciones mantenía el duque con D. Juan; pero éstas tenían por objeto los intereses generales del Catolicismo, los asuntos de Escocia, comunes al duque y á D. Juan, puesto que el uno deseaba libertar á su parienta María Estuardo, cautiva en el castillo de Sheffield, y el otro, como entonces sospechaban, aspiraba á casarse con ella; y finalmente, el feliz desenlace de las turbaciones de los Países-Bajos, que debía permitir al esforzado y ambicioso² hermano de Felipe II volver su pensamiento y las fuerzas de España á la empresa de Inglaterra, en la cual Felipe II vacilaba mucho y, según su expresión, quería marchar con piés de plomo. De consiguiente, estas relaciones no inquietaban al Rey católico»³.

¹ Mignet, *Papeles de Simancas*, serie B, legajo 44, núm. 114.

² No merece el Príncipe valerosísimo, vencedor de turcos en Lepanto, el dictado de ambicioso, ya que nunca andan unidas alma grande y honores de vanidad.

³ *Antonio Pérez y Felipe II*, por M. Mignet, pág. 18. Hé aquí las palabras que á propósito de la proyectada empresa y jornada de Inglaterra pronunció el Rey: «Que como es de tanto momento y consecuencia, conviene caminar en él con el pié de plomo.» *Papeles de Simancas*, serie B, legajo 47, número 10.

Ni tampoco importa nada que el embajador Vargas participase á su augusto amo los diferentes rumores que andaban entonces por Paris y otras ciudades de Francia, como por ejemplo, que un escocés, habidas conferencias con D. Juan, caminaba á Dieppe, ó al Havre, para ir á Inglaterra; ó que entre los papeles recogidos á Fray Petronio, Obispo irlandés venido de Roma, se habían leído en uno de ellos estas palabras: «una investidura del regno de Inglaterra hecha en persona del señor D. Juan en Roma»; ó verbigracia, que el embajador de Venecia le había dicho cómo se había tratado ya del matrimonio del Rey de Escocia con la hija del duque de Lorena y del de D. Juan de Austria con María Estuardo. Porque es ciertísimo que Felipe II recibía con notoria frialdad y sin alarma todas las noticias susodichas. Por eso no dándoles importancia respondió de su puño y letra al mismo embajador lo que sigue: «Ha sido bien advertirme sobre lo de los casamientos del Rey de Escocia con la hija de Lorena, y de mi hermano con la de Escocia. Y aunque estas cosas deven de ser por vía de discurso y de poco fundamento, todavía es conveniente tener noticia de lo que se dize y discurre en semejantes materias»¹.

IV.

MÁS AÚN SOBRE EL MISMO PUNTO.

De cuanto va dicho, aparece manifiesto cuán poco inquietaban á S. M. los meros rumores que corrían por la nación francesa, y al mismo tiempo se descubre la falsedad de las relaciones y desvaríos de Antonio Pérez. Ambas verdades quedarán en mayor robustez teniendo en cuenta cómo el vencedor de Lepanto, después de haber humillado el orgullo de la herejía revolucionaria en Flandes, luchando á brazo partido contra el príncipe de Orange, el Archiduque Matías y todos los enemigos de la fe católica y de España, murió, no desesperado, como

¹ *Papeles de Simancas*, serie B, legajo 47, núm. 47.

infundadamente escribe Mignet, sinó de calenturas, ó fiebres intermitentes, lleno de virtudes y resignado, como buen cristiano, en la voluntad de su Hacedor. Sin duda merecieron corona prematura sus hazañas y los innumerables servicios prestados á la causa de la verdad y de la Iglesia. Pues bien; si hubieran sido ciertas las conspiraciones de este invictísimo capitán y también los recelos y temores de su hermano el Rey de España, no le hubiera llorado con la amargura que manifiestan aquellas palabras escritas á Vargas por S. M. luego que supo la inesperada y tristísima nueva de la muerte. «La mala noticia, dice, que me ha venido del Ilustrísimo D. Juan de Austria mi hermanito, he sentido en gran manera, así por lo que le quería y amaba, como *por ser en tal coyuntura y ocasion*»¹. Estos mismos sentimientos hubo de expresar pocos días después escribiendo de nuevo en otra carta las palabras que siguen: «Amaba y estimaba su persona, y me hará falta para todo, y en especial, para las cosas de Flandes»².

Si alguno quisiera replicar por vía de oposición que don Felipe habló entonces expresando lo que no sentía, se puede ventajosamente responder que aquellas palabras «*por ser en tal coyuntura y ocasion*» y «*Me hará falta para todo y en especial para las cosas de Flandes*», significan lo contrario. El genio del Rey católico más era para callar que para mentir. Además, que el Rey habló entonces diciendo lo que sentía, resulta de las obras, que son la mejor prueba de lo que se declara. Porque dadas las primeras disposiciones para que en Nemours se tributasen honores singularísimos al cadáver de su hermano, envió comisión á D. Gabriel Niño, maestre de campo en los Países-Bajos, ordenándole que trajese al real monasterio del Escorial los restos mortales del malogrado Príncipe. Dió instrucciones para que en llegando el cortejo fúnebre al monasterio de Parrazes, estuviese prevenido el Obispo de Avila, Busto de Villegas, y acompañado de muchos grandes y numerosa clerecía le trajesen con real pompa y magnificencia³.

¹ *Papeles de Simancas*, série B, legajo 47, núm. 55.

² *Papeles de Simancas*, série B, legajo 47, núm. 29.

³ «Otros, refiere Sigüenza, testigo ocular, escriban otras hazañas: yo

Y acaban de confirmar la sincera verdad del Rey Católico en el sentir la muerte de su hermano, las honras fúnebres, solemnísimas y verdaderamente reales que mandó celebrar por el descanso eterno de su alma en la basílica de San Lorenzo. Las cuales terminadas hízose la entrega del cadáver con las mismas ceremonias y disposiciones que se acostumbran en los entierros de los Reyes. Y esto, ordenándolo todo Su Majestad en carta particular dirigida al Prior del Monasterio, en presencia del cual los monteros de Palacio colocaron el cuerpo de D. Juan en el panteón mismo en que descansaban las cenizas de su padre el Emperador. Este proceder señalado de Felipe II, obsequiando tan ostentosamente el cadáver de su hermano, muestra que no abrigaba en su real pecho resentimiento alguno, sinó mucha tristeza y amargura. Porque ¿quién impedía á Felipe II ordenar que al cuerpo de D. Juan de Austria diesen tierra en la mísera aldea en que había muerto, cerca de Nemours?⁴.

Y por cuanto viene muy á propósito para demostrar lo falso de las conspiraciones de D. Juan de Austria, supuestas por Pérez en su *Memorial*, bien será recordar aquí contra M. Mignet, cómo aquel valeroso Príncipe no acabó su vida en medio de esperanzas ambiciosas, cual «político impaciente y

tengo estas (las virtudes) por las mayores. El Rey su hermano respondió á todo esto como tan pio y *que tanto le amaba*; y porque quede esto dicho aquí de una vez, quiso cumplir su voluntad y desseo; envió á mandar á D. Gabriel Niño, maestre de campo en los Estados de Flandes, que truxesse el cuerpo de D. Juan de Austria á este convento y casa real para que estuviese junto con el emperador su padre... Llegado allí (á Parrazes) estava prevenido el Obispo de Avila, Busto de Villegas, para que junto con el maestre de campo D. Gabriel le traxessen aquí con aparato real.» Sigüenza, libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, pág. 601: Madrid, 1605.

⁴ «Llegaron á 24 de Mayo de 1579 con harto acompañamiento, y hizose su entierro y entrega con la misma solemnidad que con las otras personas reales, mandándolo así el Rey al Prior por su carta: hechos los oficios, los monteros pusieron el cuerpo en el lugar que en vida deseava, y mereciólo un hijo que tanto se fué pareciendo en lo poco que vivió á tan glorioso padre.» Sigüenza, libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*. pág. 601: Madrid, 1605.

poco diestro», desesperado de sus proyectos y situación difícil, sinó rodeado de sus soldados y dando raro ejemplo de humildad cristiana, siempre reñida con ambiciones y desesperación.

Hé aquí cuán lindamente refiere acaecimiento tan doloroso el Padre Sigüenza: «Murió en Flandes, cerca de la villa de Anamur, en medio de sus soldados y ejército, en una barraca, en el campo como *christianissimo y valeroso capitan y aun como pobre soldado*..... llevóle Dios á su reino siendo de treinta y tres años cumplidos y el primero de Octubre de 1578, depositáronle en la villa misma de Anamur, en la iglesia Cathedral, con grandísimo sentimiento de todos sus soldados que le amaban tiernamente»¹.

Y con efecto; las virtudes de este famoso guerrero se ofrecen á los ojos con sólo tener en cuenta que su campo militar aparecía entonces tan disciplinado y reverente con las cosas de religión, que era semejable á un convento de los antiguos monjes caballerescos, ahora corderos obedientísimos, ahora leones formidables en el pelear. Los historiadores de aquel siglo enseñan que el afán principal de D. Juan de Austria no era buscar reinos y soñar conspiraciones contra su hermano el Monarca de España, sino que entre sus tropas «no se viesen deshonestidades, ni se oyessen juramentos, y estuviesen desterrados otros muchos vicios, que les parece á los que no lo entienden el primor del arte.» Y se sabe para dicha nuestra y confusión de Antonio Pérez, que D. Juan de Austria, en los meses precisamente en que se le pinta ambicionando Estados y poniendo asechanzas á la política de Felipe II, no pensaba sino en obras de piedad y santidad, que de ningún modo se compadecen con los deseos y pensamientos de glorias mundanales. El Padre Orantes, franciscano, y que como confesor de D. Juan de Austria le vió espirar, envió al Rey D. Felipe relación cumplida de cuanto había pasado en aquella muerte tan llorada. Entre otras cosas, le dice: «Y sin duda, *christianissimo señor*, que *cuatro ó cinco meses antes que muriessse* tan de veras se ocupaba en obras

¹ Lib. III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, pág. 599: Madrid, 1603.

de misericordia, piedad y humildad que no me parecía muchas veces en lo que veía hazer en público con grande exemplo de todos, y decir en secreto, sino que todo en todo le llevaba Dios. Asi su contento era entender con enfermos, que avia hartos en el campo, visitándolos en sus barracas, acompañando el Santísimo Sacramento, haciéndoles limosnas con su mano, recibiendo con piadosísimas entrañas los más pobres y desechados soldados. Hasta por su persona buscar carros para llevarlos al hospital.» Quien conozca lo que dan de sí tales virtudes y piedad, desde luego en buen criterio desterrará de D. Juan de Austria los pensamientos de ambición y pretensiones que le imputa Antonio Pérez¹.

En vista de las noticias minuciosas que el dicho Padre Orantes envió sobre la muerte de D. Juan de Austria y los postreros meses de su vida, refiere muy oportunamente un escritor moderno: «Acabó sus días en Namur ese mismo año (1578) el inclito D. Juan de Austria con una cristianísima muerte y una expresión de afectos cariñosos á su hermano, como testificó en una carta al Rey el confesor del desdichado joven, Fr. Francisco de Orantes. Por ese documento se demuestra que *D. Juan siempre amó extraordinariamente á Felipe II* y se mantuvo en su lealtad»². El mismo Padre Orantes declara al Rey en la relación arriba mencionada, que continuamente le encargaba el piadosísimo D. Juan procurase mucho de las comodidades y abundancia en los hospitales, y en particular mirase por que á los enfermos les fuesen administrados los Santos Sacramentos, y que ningún soldado partiese de esta vida sin ellos. Y al remate de su carta, puso el buen Padre franciscano estas palabras, que tan perfectamente confirman la nobleza de ánimo y la lealtad con que el vencedor de la media luna sirvió siempre

¹ *Relación de lo que pasó en la muerte de D. Juan de Austria*, dirigida á Felipe II, por el Padre Orantes, franciscano; hállase entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, extractada é impresa en el libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, por el Padre Sigüenza, pág. 600.

² D. Adolfo de Castro, en un artículo erudito que publicó el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana* para el año bisiesto de 1880, pág. 72.

á su hermano D. Felipe. Hélas aquí: «Este fué, poderosísimo señor, el fin de una vida tan gloriosa deste *hijo y siervo como él se nombraba de Vuestra Majestad*, y según entiendo en treinta y tres años que vivió, cumplió la voluntad de los dos padres que tuvo, *de su señor y padre el Emperador y de Vuestra Majestad*, porque según su Alteza me havia dicho, la Majestad del Emperador nuestro señor quisiera que él fuera religioso y *Vuestra Majestad soldado*»¹.

Toda esta susodicha relación ofrece idea muy cabal de las cualidades admirables de Don Juan de Austria, y al mismo tiempo enseña que no pensaba tan famosísimo guerrero en las aventuras y conquista de naciones contra la corona de su hermano, como Pérez afirma. El Padre Orantes no permite dudar de ello cuando escribe que en aquellos meses últimos de su existencia trabajó más que nunca en reformar su ejército hasta dejarlo parecido á un monasterio. «En tres meses, dice, continuos que anduvo en campaña sin entrar en poblado, reformó el campo en tal manera, especialmente en lo que tocaba á España, que no parecía sino un convento de religiosos, y de tal manera se portaba el felicísimo Príncipe, que como agora le ven muerto sus soldados, no pueden creer sino....que haya muerto como ángel del cielo y volado para Dios». «Esto he trasladado, añade Sigüenza, de la relación, de buena gana, porque tiene tan buenos gustos de piedad y religión deste Capitán.» Como es fácil de colegir, quedan reducidas á la nada las invenciones de Antonio Pérez cuando intenta manchar con ellas la fama y ánimo levantado de D. Juan de Austria, empequeñeciendo su magnanimidad y convirtiendo tan jigante figura en vil juguete de

¹ Carta del Padre Orantes, impresa en la *Crónica de la Orden de San Jerónimo*, por el Padre Sigüenza, libro 3.º, pág. 600. De estas palabras últimas del Padre Orantes se infiere: primero, que Felipe II recelaba menos que el Emperador su padre, que pudiese nunca Don Juan de Austria concebir pensamientos contrarios á la soberanía de su hermano; segundo, que el Rey Prudente no era tan fanático ni de tanta manía por frailes y conventos como le suelen pintar sus enemigos, y tercero, que fué penetrante la mirada y acertada la medida con que resolvió que su hermano vistiese las corazas de la milicia y no la sotana de la clerecía.

los secretarios Juan de Soto en Túnez y D. Juan de Escobedo en Flandes¹.

Finalmente, deben copiarse aún las palabras que M. Mignet dejó insertas en su citado libro, para desmentir más y más las noticias que da Pérez contra la honra del gran caudillo de Lepanto, y de Escobedo. Las escribió este mismo secretario para sincerarse de los crímenes que le hacían reo ante los tribunales del gran Justicia de Aragón. Después de referir Mignet el sentimiento general con que el Rey de España, los Guisas de Francia y demás príncipes católicos habían llorado la temprana muerte de D. Juan de Austria, añade lo que sigue: «Si Antonio Pérez, dice, *ha desnaturalizado en sus «Relaciones» y «Memorial» la correspondencia de Vargas en lo que concierne á Don Juan y al duque de Guisa, lícito es suponer que no ha andado más escrupuloso en otros puntos*»². Y sóbrale razón al escritor francés para declarar que Antonio Pérez fué corruptor de la verdad histórica como demostrado queda; luego no merece fé ni consideraciones de historiador imparcial, sino de forjador de relaciones en que no quiso, ni supo respetar el buen nombre de las personas, por más que brillaran en la altura de los tronos, ó de la Iglesia. Así, pues, según se ha visto, resultan falsas las conspiraciones de D. Juan de Austria, como lo demuestran la cronología, el

¹ Precisamente en estos mismos días salen á luz documentos preciosísimos y de grande valor histórico, sin duda confirmatorios de la tesis general que defiende este libro. Publícalos, sacándolos de sus archivos, la Excm. Sra. Duquesa de Alba, y entre ellos ofrécese gran número de cartas autógrafas del vencedor de Lepanto, donde muestra como en clarísimo espejo su ánimo generoso, lleno de cristiana piedad, su valor, su celo por la causa de la religión y de la patria, sus dotes de gran capitán de mar y tierra. Después de su gloriosa jornada de Túnez, dice al Duque de Alba: «Después se ha ido considerando que será gran servicio á Dios n. Señor que la dicha ciudad se conserve y se procure alejar los turcos desta provincia, pues estando tan cerca de las cosas de Italia y siendo el Señor dellos enemigo tan potente como es, con mucha razon se deve temer que podrían con el tiempo, dexandolos tomar rayzes en estas partes hacer gran daño en la cristiandad y particularmente á los estados de su Majestad...» Documentos escogidos del Archivo de la casa de Alba: pág. 349 y 350. Madrid, 1891.

² Mignet, *Antonio Pérez y Felipe II*, pág. 20: Madrid, 1845.

testimonio tan irrecusable de la correspondencia manuscrita de Vargas con Felipe II, y la autoridad respetada de los citados historiadores contemporáneos. Pero las supuestas conspiraciones y ambición de D. Juan de Austria, que nunca existieron, constituían, según Pérez, la causa principal de haber ordenado el Rey de España la muerte alevosa de Juan de Escobedo; luego no queda motivo para que Felipe II haya mandado, ni tampoco permitido que el inocente Escobedo muriese asesinado. Porque quitada la causa desaparece el efecto. Luego limpias resultan las manos del Rey Prudente en aquella ruidosa muerte.

Cosa singular; M. Mignet, que, según se ha probado, ofrece el *Memorial y Relaciones de Antonio Pérez* como libros sospechosos en que se desfiguran los hechos, en que se falta á la verdad con inusitado atrevimiento, y en que obliga á sus lectores con buenos fundamentos á considerar aquellos escritos como libelos é invenciones del referido secretario, se apoya exclusivamente en las *Relaciones* y en el *Memorial* del mismo Pérez, para enseñar que Don Felipe II autorizó la muerte airada de don Juan de Escobedo. Y cosa es harto más incomprensible, que habiendo el escritor francés denunciado á Antonio Pérez como falaz, probando ser falsísima la razón principal que alegó en Aragón, de haber dado el Rey orden ó consentimiento para matar á Escobedo, esto es, las conspiraciones y planes ambiciosos de D. Juan de Austria, declara, no obstante, á Felipe II como el primer motor de aquella iniquidad. Dice, según atrás se vió, que ni D. Juan de Austria, ni los Guisas, ni Escobedo tenían proyecto alguno contrario á la política española; que el Rey católico no temía las relaciones que con fines plausibles existieron entonces entre el vencedor de Lepanto y los príncipes cristianos; y no obstante, presenta después al final del mismo capítulo á D. Felipe II perplejo, alterado y poco menos que temblando ante la sombra y reclamaciones de Escobedo.

Imposible parece ver y leer, después de lo dicho, semejante contradicción. Y además, ¿que necesidad tenía Felipe II, que imperaba y daba órdenes en toda la redondez de la tierra, de asesinar á Escobedo si por ventura le estorbaba? ¿No había tribunales de justicia en España? Y si temía acaso tan poderoso Monarca, lo que no bien se concibe, comprometer su política

con el ruido y escándalo de una causa ó proceso judicial, ¿no estaba en sus manos mandar prender á Escobedo y desterrarlo para siempre á islas remotísimas, ó tierras de allende el mar? ¹. ¿Ni quién impedía al prepotente soberano quitar todos sus cargos á D. Juan de Escobedo si hubieran existido causas para ello, y reducirlo á simple vida privada?

Mas al llegar aquí salen al encuentro los enemigos fieros y mansos del Rey, gritando por toda respuesta, que ahí está en manos de quien sepa leer, el proceso criminal, impreso y manuscrito, donde en billete particular se confiesa D. Felipe reo de la consabida muerte, ¿Y es verdad esto? NÓ. Véase el fundamento de tan rotunda negación en el capítulo siguiente.

¹ ¿Tuvo, por ventura, miedo el Rey Prudente de comprometer sus planes y política cuando llegó la hora de prender á Antonio Pérez y á la Princesa de Éboli, personajes ambos de mayor talla que Escobedo? ¿Buscó quizá asesinos para quitarles la vida? ¿No les aplicó á entrambos el rigor de las leyes? Pues no hay duda que si se dieran motivos, igualmente hubiera hecho con Escobedo. Lo hubiera procesado sin temor á nadie, como no le tuvo cuando encarceló á su propio hijo el Príncipe D. Carlos.